

*CELEBRATE
PRIDE*



FUTUROS PASADOS

UN RELATO CORTO DE MELISSA SCOTT

HISTORIA
MELISSA SCOTT

ILUSTRACIONES
GORLASSAR

EDITORIAL
CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN ARTÍSTICA
COREY PETERSCHMIDT

ASESORÍA CREATIVA
**JEFF CHAMBERLAIN, MIRANDA MOYER, NESSKAIN,
DION ROGERS, JOSHI ZHANG**

PRODUCCIÓN
**BRIANNE MESSINA, CARLOS GARCIA RENTA,
TAKAYUKI SHIMBO, VALERIE STONE**



©2025 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc., en EE. UU. y en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, las ubicaciones y los sucesos son producto de la imaginación del autor o del dibujante o se han usado de forma ficticia.

Cualquier parecido con personas reales (vivas o fallecidas), negocios, eventos o ubicaciones es mera coincidencia.

Blizzard Entertainment no tiene el control ni asume ninguna responsabilidad del autor, de sitios web de terceros ni de su contenido.

FUTUROS PASADOS

Es domingo por la mañana. El edificio del laboratorio de Huntingdom está casi vacío. Quizá por la victoria de State sobre St. Thomas la noche anterior, pensó Jack Morrison, mientras estacionaba su maltrecho sedán cerca de las puertas al este. La gente debía estar durmiendo después de haber celebrado toda la noche, pero Jack se encontraba nuevamente trabajando ese fin de semana. Esta clase era un paso importante hacia su próximo ascenso y el material era muy interesante. La tecnología avanzaba rápidamente estos días, y entre todo el bullicio había herramientas que podrían ayudar a su escuadrón. A diferencia de los miles de artículos sobre transportes de levitación magnética y robótica casi consciente que aún estaban a años de distancia, los avances que él estudiaba se estaban produciendo *ahora*. Cuanto más aprendiera, mejor preparadas estarían sus tropas para la próxima amenaza a la que se enfrentarían.

Jack entró en el laboratorio de robótica doce y conectó su laptop en su puesto de trabajo habitual. En la pantalla apareció el título de su proyecto: *Integración de drones polivalentes y elementos humanos en el reconocimiento*. Abrió la simulación. Aún no había encontrado un buen indicador de moral de las unidades, pero el resto funcionaba bien. Procedió a retocar las condiciones iniciales, intentando recrear el tiroteo del que habían hablado en la sección de la semana pasada.

De repente, algo explotó al otro lado del pasillo.

Jack se puso en pie de un salto y automáticamente buscó en la sala algo que

podiera usar como arma. Un segundo estallido le siguió y tomó el extintor de la sala. Irrumpió por la puerta del laboratorio de química diez y vio el suelo cubierto de una mezcla de cristales rotos, cerámica y un líquido de olor agrio, mientras un aparato echaba humo y chispas en la mesa de trabajo principal. El extintor no era apto para incendios eléctricos, así que Jack lo soltó, se abalanzó sobre la mesa y sacó el cable del enchufe. En ese mismo momento, un joven de pelo oscuro alzó su propio extintor y descargó dos veces contra el aparato, cubriéndolo de blanco. Jack se alejó de su alcance y el hombre lo miró arrepentido.

—Lo siento, ¿estás bien?

Jack asintió con la cabeza.

—¿Tú?

—Sí. —El hombre dejó a un lado el extintor e hizo una mueca mientras hurgaba en el artefacto ahora destruido—. Gracias por desenchufarlo.

Jack empezó a reconocer el olor que surgía del líquido: era el olor del peor bar al que alguna vez había entrado.

—¿Eso es... cerveza?

El hombre esbozó una sonrisa burlona.

—Bueno, lo *era*. O, mejor dicho, iba a serlo... Y antes de que lo preguntes: sí, se supone que debo hacerla. Soy ayudante en Arqueología Experimental 214; hacemos esto todos los semestres. Pero esta vez el profesor Theokópolos quería usar la receta que descubrió en el Templo de Hathor, y yo quería probar el método que habíamos teorizado que usaban para conservarla. Parece que alguno de los dos se equivocó.

—*Parece que sí* —dijo Jack, mientras miraba a su alrededor. En un estante contra la pared del fondo había varios recipientes de cristal grandes sin daños aparentes, pero había otro estante volcado. En él había tarros de cerámica y garrafones de cristal que se hicieron añicos al caer. El olor a cerveza podrida era indescriptible. Otro tarro de tamaño mediano había estallado sobre la mesa de laboratorio. Eso fue lo que provocó el cortocircuito del aparato. El otro hombre observó el desorden con pesar, negando con la cabeza.

Con la amenaza ya resuelta, los ojos de Jack se desviaron hacia el hombre que había rescatado. Tenía el pelo oscuro y rasgos marcados. Seguía bronceado incluso a finales de invierno, con músculos que no venían del gimnasio. Jack se dio cuenta

que lo estaba mirando fijamente. “*No seas imbécil*”.

—¿Te doy una mano con la limpieza? Si tú quieres, claro.

—No quiero distraerte de tu trabajo —dijo el hombre—. Vincent, por cierto.

—Jack. —Extendió la mano automáticamente y Vincent la tomó—. Estoy haciendo una simulación en robótica doce. Puede esperar.

—Entonces, eh, sí, me vendría muy bien una mano. —Vincent miró a su alrededor—. Es bueno tener una respuesta, ya que así *no* es como se fermenta esta cerveza, pero normalmente no hace falta que las cosas exploten para darse cuenta. —Buscó un basurero y empezó a recoger fragmentos de vidrio y cerámica. Jack lo siguió.

—Disculpa, ¿*por qué* estás haciendo cerveza? —preguntó después de un rato—. Quiero decir, si ya tienes una receta, ¿no debería ser suficiente?

—Cuando uno dice “receta” en el mundo antiguo, es más bien una nota para alguien que ya sabe cómo hacer estas cosas, —explicó Vincent—. Esta es (o creemos que es) una receta especial: una cerveza de boda, y hay algunos ingredientes que no reconocemos del todo.

—¿Los antiguos egipcios servían cerveza en las bodas? —preguntó Jack, para seguir la conversación.

Vincent asintió con la cabeza mientras más vidrios caían al basurero.

—Bebían cerveza siempre, en todas partes. Los trabajadores reales recibían una ración diaria de unos cuatro litros, gran parte de ella fabricada en los templos. Pero esta nota hace referencia a una boda real y parece indicar que debía conservarse más tiempo del habitual. Solo que el método que pensé que usaban... —Levantó el cuello de un tarro pequeño, con la tapa todavía pegada en su sitio con lo que parecía alquitrán—. Definitivamente no es así.

—Pero, ¿por qué hacerla? —preguntó Jack—. ¿Quieren saborear un poco de historia?

—Porque saber *cómo* se hacían las cosas es importante. —Vince se enderezó con una expresión seria en la cara—. Nadie se molestó en escribir que se necesitaba agua de mar para hacer hormigón romano. Ese dato tan importante se transmitió oralmente y se perdió con la caída de Roma, pero es la razón por la que las estructuras romanas han durado tanto. Y en cuanto a la cerveza... ¿qué la hacía tan especial como para ser servida en una boda real? ¿Qué nos dice eso sobre los

VINCENT SE RIO, COMO JACK DESEABA, Y JACK SINTIÓ QUE LE INVADÍA UN CALOR DESCONOCIDO.

recursos disponibles? ¿Qué era lo que más les importaba? Al menos se conservó el lote original; es el que está en los grandes garrafones de cristal. —Esbozó una sonrisa burlona—. Y sí, todo esto hace que los estudiantes presten más atención.

Jack le devolvió la sonrisa.

—Ya veo por qué.

—Normalmente no dejamos que tomen mucho de ella.

—¿No te la sirvieron en tu boda?

—Yo... estoy soltero. —Vincent levantó un trozo de cristal y frunció la nariz al olerlo—. Además, se podría decir que esta cerveza es un gusto *adquirido*.

—He oído cosas peores, —retrucó Jack—, pero nunca en un bar al que haya vuelto.

Vincent se rio, como Jack deseaba, y Jack sintió que le invadía un calor desconocido. La simulación parecía estar muy lejos y carecer de importancia.

—Este es el último, —exclamó Vincent—. Ayúdame a poner los estantes en su sitio y buscaré una aspiradora para limpiar el suelo.

—Y un trapeador también, —dijo Jack y Vincent asintió.

—Me temo que sí.

—Déjame ayudarte.

—Me encanta cuando alguien fuerte hace el trabajo duro por mí —respondió Vincent—. Jack sentía como su propia sonrisa iba de oreja a oreja.

Jack levantó la estantería y mantuvo firme el soporte mientras Vincent volvía a colocar los estantes. Juntos limpiaron el piso y Vincent se ocupó del desastre causado por el extintor. Jack miró a su alrededor y vio que uno de los grandes tarros de cristal empezaba a burbujear misteriosamente.

—¿Se supone que haga eso?

Vincent maldijo en voz baja y movió el tarro del estante a la mesa del laboratorio. Toqueteó un poco el tapón, pero este se soltó. Jack logró poner una mano delante de la cara de Vincent mientras la cerveza estallaba como un géiser, pero la espuma



voladora los alcanzó a los dos. Se miraron y luego, sin poder evitarlo, empezaron a reír.

Una vez restablecido el orden, Vincent tomó aire.

—Oye, después de todo lo que hiciste, lo menos que puedo hacer es invitarte a una cerveza de boda. Cuando esté lista, claro. —Su sonrisa era nerviosa, pero optimista—. Sin compromiso, por supuesto.

“Arriésgate”, pensó Jack.

—Entonces, ¿es una cita?

Vincent sonrió de oreja a oreja.

—¡Eso espero!

El avión de carga se inclinó bruscamente, preparándose para la llegada. Jack contempló las montañas que rodeaban Runasapi elevándose hacia el cielo brillante. Los vientos procedentes de las laderas eran impredecibles, pero la piloto aterrizó limpiamente en la pista. Jack, sentado en la silla del copiloto, escuchó a medias cómo el controlador local dirigía a la piloto hacia su puerta, a la sombra del hangar comercial.

—Buen vuelo.

La piloto terminó la maniobra de apagado y se descolgó los auriculares.

—Gracias. Tienes unos veinte minutos antes de que lleguen los cargadores.

Jack asintió con la cabeza. Era tiempo suficiente para llegar a la ruptura de la valla perimetral y escabullirse entre la maleza. Se desabrochó el arnés de seguridad y se puso de pie, estirándose, y luego buscó la mochila que había guardado fuera de la cabina.

—Noté que toda la carga está rotulada para Oasis, ¿qué hace aquí?

La piloto se encogió de hombros.

—Estuve llevando muchas de esas últimamente. Escuché que están montando laboratorios en Runasapi.

Jack asintió con la cabeza. Se preguntó si tendría algo que ver con el favor que Sombra le había encargado. Palpó la unidad de datos, guardada en un bolsillo interior de su chaqueta, y se preguntó quién sería su objetivo. El colectivo científico

de Oasis era un blanco demasiado fácil. Por ello, esperaba que la persona con la que se iba a reunir tuviera las habilidades necesarias para entregarlo.

La piloto tomó una palanca y le dio un fuerte tirón. Un panel se abrió cerca de los pies de Jack, revelando un tubo de caída y un vistazo a la pista bajo el avión. Jack hurgó en su chaqueta, tomó el dinero y se lo entregó a la piloto.

—Gracias.—La piloto se lo guardó en el bolsillo—. ¿Querrás que te lleve de vuelta? Salimos mañana temprano, a las siete en punto.

—Tal vez. —Jack bajó su mochila al tubo, la dejó caer al suelo y luego se sentó en el borde del hueco, buscando con las manos los asideros que le permitirían bajar por allí—. Si no aparezco, no me esperes.

—Entendido, —dijo la piloto—. Buena suerte.

—Gracias —repitió Jack y luego se dejó caer. Aterrizó fácilmente a la sombra del gran avión, recogió su mochila y miró a su alrededor. Nadie lo miraba. Se dirigió a la valla perimetral, pasó rápidamente por el hueco que alguien había abierto en la malla oxidada y se metió entre la maleza. Nada se movía en el aeródromo y Jack aprovechó para camuflarse entre los árboles.

Para el mediodía ya había llegado a las afueras de Runasapi, a las terrazas inferiores donde se cultivaban las cosechas de la ciudad. Más arriba, en el acantilado, podía ver los edificios de la ciudad; los pesados muros se inclinaban hacia el interior en homenaje a las antiguas ciudades de Perú. Vincent le había contado al respecto: los ecos de la arquitectura antigua daban vida a las ciudades de la posguerra como una manera de honrar el pasado y dar forma al futuro. Sin embargo, ese no era su destino.

“Estará cerca del lugar de la catástrofe,” había dicho Sombra. *“Y no me refiero al monumento. Si te acercas a ese lugar, te encontrará: créeme”.*

Jack había memorizado el mapa que ella le había enseñado y ahora buscaba un hueco entre la maleza que bordeaba el camino. Sí, allí estaba, una brecha que a primera vista parecía accidental, pero que, al mirar más de cerca, daba paso a un sendero que ascendía por la ladera. Jack levantó su mochila y lo siguió.

El camino se hizo cada vez más empinado y Jack tuvo que usar las manos para superar los peores tramos. Había pensado que podría ser un camino de llamas, pero ni siquiera una llama sería capaz de superar algunas de esas pendientes. Y entonces se acabó, el sendero alcanzó una cresta y reveló un pequeño valle. Antaño había

“ESTARÁ CERCA DEL LUGAR DE LA CATÁSTROFE,” HABÍA DICHO SOMBRA. “Y NO ME REFIERO AL MONUMENTO. SI TE ACERCAS A ESE LUGAR, TE ENCONTRARÁ: CRÉEME.”

habido un edificio en el centro, pero el tejado había desaparecido y las paredes eran solo ruinas irregulares. Ahora, en el centro había una pirámide escalonada con una cima ancha y plana: el lugar de la catástrofe.

Se agachó detrás de la cresta y activó su HUD, escaneando las ruinas en busca de cualquier movimiento. La brisa le refrescaba la piel, un alivio tras el esfuerzo de la escalada, pero abajo no se movía nada. Jack soltó su mochila y la dejó escondida entre la maleza. Sacó su rifle de pulso y empezó a bajar la colina con cautela.

Mientras más se acercaba, con más cuidado se movía, bordeando los trozos de piedra que habían volado del edificio original. Lo que sea que hubiera pasado aquí había desatado un enorme poder, y por un instante resonó en sus oídos el eco de la explosión de Zúrich en los cuarteles generales de Overwatch. Tuvo que ser casi igual de poderosa para causar tanta destrucción.

Una advertencia parpadeó en su visor: le dio el tiempo suficiente para evitar a una figura con capa que le apuntaba con un rifle dorado. Rodó y se acercó con su propia arma apuntando, pero no disparó.

—¡Sombra me envió!

La mujer con capa se detuvo y bajó el arma. Era muy joven, pensó Jack, y su pelo tenía vetas doradas que hacían juego con su armadura.

—No eres quien esperaba.

—Sombra te manda saludos. —Jack esperó por la contraseña acordada, pero ella no bajó el arma.

—Soy Illari.

—Entonces tengo algo para ti.

Esta vez sí bajó el rifle.

—Ven conmigo. No deberíamos hablar aquí.

Jack recogió su mochila y la siguió fuera de las ruinas hasta otro sendero empinado y sinuoso. Llevaba al otro lado de la cresta, en sentido contrario, y se ensanchaba hasta formar una especie de valle colgante. Una choza destartada se recostaba contra el acantilado y, a medida que se acercaban, Jack se dio cuenta de que en realidad ocultaba la entrada a una cueva.

—Aquí —dijo Illari—. Podemos hablar libremente. Oasis tiene ojos en toda la ciudad.

Jack dudó un instante, pero la siguió adentro. Estaba mejor equipada de lo que esperaba: monitores y procesadores integrados en una pared, una alcoba con cortinas que albergaba una cama, sillas y una mesa tapizada con telas de estampados brillantes.

Ella lo miró fijamente.

—¿Tienes algo para mí?

—En mi chaqueta. —Jack se tocó el pecho—. ¿Está bien si la agarro?

—Adelante. —Illari no levantó su rifle, pero tampoco lo apartó.

Jack se abrió su chaqueta, metió lentamente la mano en un bolsillo interior y sacó la unidad de datos.

—Es el virus que querías.

Illari lo tomó de sus manos.

—Gracias.

Jack esperó, pero ella no dijo nada más. Sombra había dicho que tenía información para intercambiar, pero en realidad no había dicho exactamente eso... Había mencionado el tema en tono vago, y eso era típico de Sombra. Frunció el ceño, enojado por haberse dejado engañar, y agarró su mochila.

—Si eso es todo...

Illari le lanzó una mirada penetrante.

—Esperaba... No, *necesito* instalarlo en el laboratorio de Oasis, el que están construyendo aquí en Runasapi. Me vendría bien una ayuda para entrar.

—Sombra no mencionó que eso fuera parte del trato —dijo Jack.

—Tampoco me dijo que Jack Morrison haría la entrega —respondió Illari—. Aprendimos de ti en la escuela, o por lo menos, quién *eras*, antes de que nos dijeran que habías muerto. Soldado potenciado, ex-comandante de Overwatch...

—Eso fue hace mucho tiempo...

**—SOMBRA NO MENCIONÓ QUE ESO FUERA
PARTE DEL TRATO —DIJO JACK.**

**—TAMPOCO ME DIJO QUE JACK MORRISON
HARÍA LA ENTREGA —RESPONDIÓ ILLARI—.**

—Bueno, de todos modos puedes mejorar las probabilidades de manera considerable.

No se equivocaba, dos son mejor que uno, sobre todo si tienen que infiltrarse en la nueva instalación de Oasis. Parecía un poco inexperta. Sabiendo vagamente la historia de los Guerreros de Inti, no pudo haber estado con ellos mucho tiempo antes de que desaparecieran. Y hasta ahora nunca se había arrepentido de dañar a cualquier organización que empleara a Moira O'Deorain.

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Te ayudaré.

—Bien —Illari apartó su rifle hacia un lado—. Vamos a repasar los detalles de la misión.

Era su primer permiso en semanas, pero Jack no sentía que se lo mereciera. No habían derrotado a los ómnicos, apenas habían conseguido mantener su posición. Por suerte, los ómnicos habían abandonado la batalla sin intentar abrir una brecha, dedicando sin duda sus recursos a otros objetivos más importantes.

Las luces de las calles funcionaban, la electricidad se había restablecido, y por eso podía ver los espacios vacíos donde los edificios habían sido destruidos por los misiles o los incendios ocurridos después. Sabía que Vincent estaba bien, había recibido noticias suyas esa misma mañana, pero aun así se encontró sin aliento al

entrar en el complejo de apartamentos. Todos los edificios estaban intactos, la luz asomaba por las ventanas encortinadas. Seguía todo allí, donde lo había dejado. Vincent ya se lo había comentado, pero Jack sabía que la guerra podía cambiar las cosas en un instante.

Entró y subió las escaleras hasta su apartamento. Para su sorpresa, una franja de luz brillaba bajo la puerta. Pensaba que Vincent ya no estaría despierto, así que tocó suavemente la puerta para no despertarlo si se había quedado dormido con la luz encendida. No hubo respuesta, así que empezó a buscar su llave cuando en ese momento se abrió la puerta. Vincent le sonrió, pero mostró su teléfono en señal de que estaba ocupado haciendo algo. Jack entendió y no dijo nada, cerrando la puerta y viendo cómo los pulgares de Vincent se movían sobre el teclado del teléfono. Después de un rato, Vincent terminó y se abrazaron, sus labios sobre los suyos en un impulso apasionado.

—Es bueno estar en casa.

—Vi el noticiero esta mañana... Estaba preocupado —dijo Vincent.

—Tuvimos suerte —dijo Jack, y Vincent asintió con la cabeza como si creyera que la suerte de Jack duraría para siempre—. No estaba seguro de que aún estuvieras despierto.

—Estaba enviando una copia de mi trabajo sobre el castillo de Falkenberg a Matthias.

Jack no pudo evitar enarcar una ceja al oír eso, y Vincent sonrió.

—Lo sé, ahora mismo eso parece no tener ningún sentido, pero cuando Beyazit y yo estuvimos trabajando allí hace tres años, descubrimos que el lecho rocoso está compuesto de minerales que son impenetrables para la mayoría de los sensores. Incluidos los que usan los ómnicos. Y Falkenberg tiene sótanos muy profundos excavados en ese lecho rocoso. Es un lugar donde la población civil puede refugiarse, y donde los ómnicos no pueden encontrarlos. No podía decirlo abiertamente, ya sabes... Nadie sabe lo que pueden estar interceptando los ómnicos. Pero Matthias sabrá lo que quise hacer entender.

Jack asintió con la cabeza. Esa era una de las razones por las que amaba a Vincent: él se *preocupaba* por los demás y, aunque no era un soldado, hacía todo lo posible por ayudar.

—Es una buena idea.

LA MAYORÍA DE LOS DÍAS NI SIQUIERA AGUANTAMOS. ESTA ES UNA OPORTUNIDAD PARA CAMBIAR ESO. TENGO A ALGUIEN POR QUIEN ESTOY LUCHANDO. SI PUEDO HACER MÁS PARA QUE EL MUNDO SEA MÁS SEGURO PARA TI, TENGO QUE INTENTARLO. CUESTE LO QUE CUESTE.

—Ojalá que sea útil —dijo Vincent, sacudiendo la cabeza—. ¿Tienes hambre?

Se sentaron a comer sándwiches en la mesa plegable de la pequeña cocina y Vincent sacó sus dos últimas latas de cerveza.

—Las he estado guardando.

—¿Cómo te las estás arreglando aquí? —preguntó Jack—. Había oído de la falta de suministros, todos en la unidad hablaban de ello.

—Sí. —Vincent se encogió de hombros—. Una de las cosas buenas de esta zona es que hay mucha gente que hace huertos o cría gallinas en casa. Vecinos que ayudan a otros vecinos... Nos está yendo bien. —Hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo te han dado?

—Cuarenta y ocho horas.

—Bueno —Vincent esbozó una sonrisa—. Aprovecharé lo que pueda.

—Pero primero... Tenemos que hablar.

Vincent enarcó una ceja.

—No me refiero a eso —dijo Jack inmediatamente, provocando una sonrisa inesperada en el otro hombre—. Es solo que... Sabes que las cosas no van tan bien como nos gustaría.

—Parece que todo se está yendo al demonio —dijo Vincent, repentinamente serio—. No soy un estúpido, Jack. Puedo ver lo que está pasando.

Jack asintió con la cabeza.

—Están lanzando un programa para contrarrestar la ventaja ómnica, utilizando la biología, no la robótica. Modificaciones genéticas, para ofrecernos una ventaja



contra ellos. Un programa de mejora. Me dijeron que soy un candidato.

Vincent se quedó en silencio un momento.

—¿Quiénes te lo dijeron?

—Los del ejército, una de sus investigadoras científicas. Creo que es su nombre es *Naughton*.

—¿Y los riesgos?

—Desconocidos —Jack se obligó a mirar directamente a Vincent a los ojos—. Probablemente significativos. Dijeron que el programa lleva años en desarrollo, pero no es del todo seguro. Lo están acelerando debido a la crisis. Mi oficial al mando no quería dejarme ir, dijo que yo era demasiado importante ahí donde estaba. Pero al final se rindió y me hizo la propuesta, y... Es una verdadera oportunidad de marcar la diferencia.

—Si funciona —dijo Vincent—. ¿Y si no es así?

—Todo, desde la invalidez permanente hasta la muerte —dijo Jack. Los responsables del programa de soldados mejorados habían sido honestos al respecto, por lo menos—. Pero tampoco es como si ahora estuviera a salvo.

—Lo sé... —Vincent sacudió la cabeza—. ¿Qué quieres que te diga, Jack? Ya corro el riesgo de perderte. ¿Qué quieres hacer *tú*?

—Quiero hacerlo —dijo Jack—. Mira... No estamos ganando. La mayoría de los días ni siquiera aguantamos. Esta es una oportunidad para cambiar eso. Tengo a alguien por quien estoy luchando. Si puedo hacer más para que el mundo sea más seguro para ti, tengo que intentarlo. Cueste lo que cueste.

Vincent tenía la mirada fija en la distancia, tal vez hacia un futuro desconocido o a un pasado feliz. Sonrió con tristeza.

—Bueno, sabía en lo que me metía cuando acepté estar contigo. No serías *tú mismo* si ahora actuaras diferente. Solo te pido que... Después vuelvas a mí.

“*Lo haré*”, juró Jack en silencio. Sin embargo, no era una promesa que Jack tenía derecho a hacer.

—¿Aunque haya cambiado?

—Todos cambiamos —dijo Vincent—. Solo vuelve a mí.

—Haré todo lo que pueda —dijo Jack.

Se acomodaron en el sofá, Vincent se quedó dormido sobre el pecho de Jack, sus dedos enredados en los suyos. Jack alisó su oscuro cabello, mientras contemplaba

las explosiones en la distancia.

Illari se inclinó ante un modelo de holograma que parecía flotar sobre la mesa, sus colores se reflejaban en el brillante entramado del mantel.

—Estas son las instalaciones de Oasis. Han ocupado un viejo edificio que formaba parte del Grupo de Investigación Paqarina, y le han hecho algunas mejoras.

Jack asintió, estudiando el modelo. Los edificios eran elaborados. Al parecer, O'Deorain y sus colegas siempre querían lo mejor.

—Según todo lo que he observado, la seguridad es más estricta en el perímetro —prosiguió Illari—, pero más escasa una vez dentro de los laboratorios. La puerta principal y el área de carga están bajo atenta vigilancia, activa y pasiva, pero hay un par de puertas laterales cerradas con código reservadas para el personal que no están tan bien vigiladas.

No parecía preocupada.

—¿Supongo que Sombra te dio algo para hacer frente a las cerraduras?

—No hace falta, he estado vigilando la zona —Illari hizo una pausa—. Me sorprende que trabajes con Sombra.

—Ella no es leal a nadie excepto a sí misma. Mientras nos acordemos de que hace negocios con todos, puede ser útil.

Illari inclinó la cabeza al oír eso.

—Tú sabes lo que me dio. Pero... ¿Qué te dio a ti?

Jack miró a la joven mujer. No lograba entender qué había en ella que le resultaba tan familiar, qué le hacía sentir que podía ser sincero con ella.

—Ella me consiguió información que no pude obtener de ninguna otra manera —ofreció Jack como respuesta.

—Incluso así...

—Ella me dio la clave para poder averiguar qué sucedió realmente con Overwatch —dijo Jack—. Mucha gente nos acusó a Reyes y a mí de la destrucción de la sede de Suiza, pero había algo más implicado en los hechos. —Buscó la mirada de Illari—. Se lo debo a todos, a los que sobrevivieron y a los que murieron, el descubrir qué fue lo que ocurrió realmente. No me detendré hasta hacer justicia.

MIRÓ A ILLARI, PERDIDA EN EL PASADO, COMO ÉL. ELLA HABÍA DADO SU VIDA POR UNA CAUSA QUE YA NO EXISTÍA, COMO ÉL.

—Puedo... —Illari parpadeó, una pena más grande que sus años pasó por su rostro—. Puedo comprenderlo. Se lo debo a mi gente, a los Hijos del Sol, o los Guerreros de Inti como tú los llamas, también a ellos se los debo. —Se tocó la armadura, donde había guardado la unidad de datos—. Eran nuestros protectores, cuidaban de nosotros, y Oasis quiere apropiarse de sus poderes.

—Pensé que todo se había perdido cuando los Guerreros de Inti fueron destruidos —dijo Jack.

—Nuestras instalaciones fueron destruidas, pero gran parte de los datos sobrevivieron —respondió Illari—. Paqarina atravesó momentos difíciles, se alió con Oasis e intercambió los datos por recursos. Lo ven como una forma de reconquistar lo que se perdió, pero yo sé que no nos podemos fiar de Oasis.

—Tú estabas allí ese día, ¿no es cierto? Jack reconoció esa particular mezcla de remordimiento y dolor perfectamente.

Illari apartó la mirada.

—Entrené toda mi vida para unirme a ellos, desde que me dijeron que tenía el potencial.

—¿Qué pasó?

Atravesó con un dedo una de las paredes del holograma.

—¿El *qué* pasó? Eso es fácil.

Jack esperó y ella apartó la mano.

—Fue la infusión solar, el paso final que convierte a alguien en un Guerrero de Inti en toda regla. Es doloroso, te *cambia*, pero al mismo tiempo te permite canalizar el poder del sol. Solo que esta vez, hubo una explosión... Todos los Guerreros de Inti fueron aniquilados. Todos salvo yo.

—Y quieres saber qué fue lo que salió mal —dijo Jack un momento después.

—Por supuesto.

Había algo en su voz que hizo que cambiara la imagen que tenía en la cabeza, presentándola de otra manera. No era asunto suyo, ni tampoco su problema, pero a veces es mejor hablar de ciertas cosas en vez de dejarse infectar por los malos recuerdos. Aunque él no era exactamente el ejemplo a seguir de cómo se gestionan bien los problemas.

—Era *tu* infusión solar, ¿verdad?

Illari cerró fuerte los ojos y sacudió la cabeza, no para negar, sino como si quisiera quitarse el dolor.

—Sí. Fue la mía. Era... Estaba completa, perfecta. Y luego el poder salió de mí como una explosión. Todos murieron en un instante. Y solo quedé... yo. —Se compuso—. Estuve investigando todos los restos, y no puedo entender nada. Pero sé que no puedo permitir que Oasis robe lo que fueron. Su legado. No lo permitiré.

Jack asintió con la cabeza. En su mente, podía escuchar los gritos de Reyes, y luego, el estruendo de la arrolladora explosión, las paredes derrumbándose en un rugido atronador que su enojo no le había permitido oír. De repente, entendió por qué Sombra lo había enviado aquí, y con razón. Hay similitudes entre lo que le había sucedido a Overwatch y lo que Runasapi había sufrido. Las circunstancias eran diferentes, pero una organización dedicada al progreso de la humanidad, a la protección del pueblo, decimada en una única e imponente explosión... Debía investigarlo.

Miró a Illari, perdida en el pasado, como él. Ella había dado su vida por una causa que ya no existía, como él. Había elegido el Programa de soldados mejorados no solo porque era su deber, sino porque creía que era lo mejor que podía hacer, la mejor manera de proteger a Vincent y a todos sus demás seres queridos. Naughton le había advertido de los riesgos. Era consciente de las consecuencias, y al final, había tenido suerte. Había sobrevivido el programa, y ganó la guerra y transformó a Overwatch para que hiciera el bien.

Todo hasta el instante en que se lo arrebataron.

Él conocía muy bien el horror y el dolor de darlo todo por algo, de sacrificarte por ello, solo para ver cómo se derrumba ante tus ojos.

Volvió a asentir, intentando volver su atención al holograma.

—Está bien. Veamos de nuevo cuál es el plan.

La niebla comenzaba a levantarse cerca del río mientras se abrían camino fuera del parque y a lo largo del dique. Jack vio que Vincent temblaba en la fría humedad, y sintió que su propio cuerpo reaccionaba. Su metabolismo se adaptaba para que no sintiera el frío.

—La cena estuvo buena —dijo tentativamente, y Vincent esbozó una sonrisa.

—Sí, muy buena. Es un lugar nuevo, lo abrieron después de la guerra. —Cruzó la calle a toda prisa, Jack siguiéndole el paso, y aminó la marcha cuando llegaron a una plataforma que se adentraba en el río. Un obelisco egipcio se elevaba torpemente sobre una esfinge de bronce, no egipcia, y la niebla cada vez más espesa difuminaba sus bordes. Jack buscó el nombre en su memoria.

—La Aguja de Cleopatra.

Vincent asintió.

—Mi tío me llevó a verla cuando tenía once años, cuando vinimos a visitarlo. Quería verla de nuevo.

—Parece que sufrió algo de daño —dijo Jack, señalando los agujeros de metralla que marcaban la esfinge más cercana, y Vincent se echó a reír.

—No recientemente, al menos no esa. Eso fue en la Primera Guerra Mundial.

—Vincent hizo una mueca mientras caminaban alrededor de la primera esfinge y se acercaban al obelisco. —La otra sí sufrió daño.

—Sí. —Jack vio el pedestal vacío; donde había estado una segunda esfinge, la piedra estaba ennegrecida y agujereada. De él se elevaba un holograma igual a la primera esfinge, el rostro resplandeciente, sereno y sin marcas. Una maravilla de las nuevas tecnologías, que restaura al menos la imagen de lo que se había perdido.

—Tenemos que hablar —dijo Vincent.

Jack hizo una mueca. Había estado esperando este momento desde que llegó a Londres. Él y Vincent habían estado tratando de encontrar la manera de vivir juntos, pero con Overwatch con sede en Zúrich y la carrera académica de Vincent en los Estados Unidos, había resultado prácticamente imposible.

—Sí.

—Quiero que estés *en casa*—dijo Vincent—. Estar juntos, formar una familia.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes, pero lo sigo diciendo y nada cambia. —Vincent miró hacia el río, su expresión era indescifrable.

—Me ascendieron a comandante —dijo Jack—. Pero eso no significa que vayan a trasladar a Overwatch por mí. Hay programas de Estados Unidos en todas partes de Europa, incluso universidades estadounidenses. ¿Qué tal si consigues un trabajo con una de ellas?

Vincent suspiró.

—Podría hacerlo. Lo he pensado, incluso estuve averiguando. Pero si lo hiciera... ¿qué cambiaría, Jack?

—¿Estaríamos en el mismo continente?

No era una buena broma, pero Vincent sonrió de todos modos.

—Es cierto que la diferencia horaria sería mejor. Pero tú seguirías en Zúrich y yo estaría en otro lugar. Te vería cuando Overwatch no te necesitara. Y estuve pensando mucho, Jack. Quiero tener hijos. Quiero un compañero que esté ahí para criarlos, alguien que esté tan comprometido con nuestra familia como con su trabajo. Así que... te pregunto: ¿has pensado en retirarte?

Jack parpadeó.

—No puedo.

—La guerra terminó —dijo Vincent—. Hiciste todo lo que te pidieron y más. Hiciste de Overwatch lo que es. Tienes gente buena que te respalda, los mejores, según dices siempre. Podrías dejarlo.

—*No puedo* —dijo Jack otra vez—. Mira, yo quiero esto tanto como tú. Quiero una familia, *nuestra* familia, tú y yo, pero no...

Se detuvo, y Vincent terminó la frase por él.

—*Pero no ahora*. Está bien. Puedo esperar y confío en ti. Pero si no es ahora, entonces ¿cuándo?

Jack permaneció en silencio, el frío del río se filtraba a través de su chamarra, a través de las suelas de sus zapatos. No tenía una respuesta, y eso era injusto, estaba mal, y seguía siendo la única verdad que conocía.

—La guerra terminó —repitió Vincent—. Ganamos. ¿Cuándo te toca *a ti* volver a casa? ¿Cuándo te toca *a ti* un futuro?

—La guerra no terminó —dijo Jack—. Ojalá fuera así, pero hay tantos oportunistas que están surgiendo donde las comunidades, *países*, se vieron muy afectados.

**—SI ALGUNA VEZ DESCUBRES AL HOMBRE QUE
ERES CUANDO TERMINE TU GUERRA, LLÁMAME.
ME GUSTARÍA CONOCERLO —DIJO VINCENT, Y SE
MARCHÓ.**

—Está bien —dijo Vincent—. Pero cuando *por fin* se acabe, Jack, ¿qué vas a hacer?

Jack miró más allá de él hacia el río, donde una barcaza se arrastraba lentamente río abajo, con las luces borrosas por la niebla. “Tener una casa y un patio”, quería decir. “A ti. Niños. Barbacoas en el patio trasero. Sandalias con calcetines. Vacaciones familiares en parques temáticos carísimos. Paz”. Pero las imágenes no parecían reales, y por eso, no le salían las palabras.

—Qué extraño que un historiador se enfoque tanto en el futuro.

Vincent se echó a reír.

—La historia habla del cambio. Lo único que sé con certeza es que lo que viene no va a ser lo mismo que lo que tenemos ahora.

—¿Y si no te gustan los cambios? —Jack recordó haber preguntado eso antes, cuando se había unido al Programa de soldados mejorados, e hizo una mueca. Tampoco había sido una decisión sencilla, pero al final había valido la pena.

“¿O no?”.

—Te amaba antes del Programa de soldados mejorados —dijo Vincent—, antes de Overwatch, antes de la Crisis, desde el día en que viniste a mi rescate cuando exploté esa estúpida cerveza. Te amo ahora.

—¿Pero...?

—Pero... Vincent asintió. Necesito saber si tenemos un futuro. ¿Lo tenemos?

Las palabras se quedaron atascadas en la garganta de Jack. Quería decir que sí, prometer todo lo que Vincent quería porque Jack también lo quería. Tenía que haber una manera. Otras personas lo lograron, incluso en Overwatch. Pero él no podía. Él era... *responsable* de una manera que los que lo rodeaban no lo eran. Jack sentía cada fracaso, lamentaba cada pérdida. Él tomaba las decisiones que

mantenían al mundo a salvo. Y Overwatch era todavía nuevo, tan frágil. Sin él al mando, los criminales andarían sueltos, se perderían vidas. El precio era demasiado alto. Incluso si no estaban juntos, Jack respiraría más tranquilo sabiendo que había hecho todo lo posible para crear un mundo en el que Vincent estuviera a salvo.

Jack cerró los ojos para no ver el dolor en el rostro de Vincent.

—Es lo que quiero —dijo por fin—. Lo deseo tanto. Pero no puedo hacer esa promesa. Y no pienso mentirte.

Vincent emitió un sonido entre risas y lágrimas.

—No. Tú nunca harías eso. Una de las muchas razones por las que te amo. Pero igual...

Jack se obligó a mirar a Vincent a los ojos.

—Lo siento. Ojalá... —Se detuvo, sin saber qué decir, qué deseaba, excepto que eso no iba a suceder, y Vincent asintió con la cabeza.

—Yo también.

—Es mejor que gritarnos —ofreció Jack como consolación.

—Ese nunca fue tu estilo —replicó Vincent. Abrió los brazos, y Jack se acercó y recibió su abrazo. Los labios de Vincent sabían a la niebla que se espesaba a su alrededor, y Jack cerró los ojos deseando que durara para siempre. Que pudiera vivir en ese beso y no enfrentar nunca lo que pasara después.

Entonces Vincent se apartó y Jack lo soltó.

—Si alguna vez descubres al hombre que eres cuando termine tu guerra, llámame. Me gustaría conocerlo —dijo Vincent, y se marchó.

Jack lo vio disolverse en la niebla, luego tomó su teléfono. Siete llamadas perdidas, todas de Overwatch. Pensó que esto era lo correcto para el mundo.

Ojalá no se sintiera tan vacío.



Jack siguió a Illari por otro de los estrechos senderos de montaña, con su visor activado para visión nocturna. La luna menguante se estaba poniendo: una buena noche para infiltrarse en las instalaciones de Oasis. Aunque Oasis tendría los mejores sensores del mercado... o tendría el lugar iluminado como un estadio... o ambas cosas. El plan de Illari era crear una distracción que llamara la atención de

los guardias del perímetro y le permitiera abrir las puertas del personal cerradas con código. Lo simple solía ser lo mejor, pero nada era simple cuando se trataba de Oasis.

Illari levantó la mano en señal de advertencia y se agachó al comienzo del sendero. Jack se arrodilló a su lado, mirando a través de la línea de los matorrales hacia el complejo más abajo. Oasis había despejado el terreno entre los edificios y la valla perimetral, colocando puestos de guardia cortos a intervalos regulares. Había cuatro guardias a la vista, y cuando Jack ajustó su HUD, pudo distinguir a tres más a lo largo de la valla.

—Seguridad pesada.

—Antes no había tantos —murmuró Illari.

Jack estudió a los guardias, observándolos caminar de un lado a otro bajo las torres. Habría armas automáticas en las torres, tal vez explosivos de corto alcance, y el limitado equipo de seguridad de Oasis no tendría muchos reparos en usarlas. Pudo ver la ligera depresión en el suelo a medio camino entre dos torres de vigilancia: Illari tenía razón, ese era el mejor lugar para abrirse paso. Más allá de la valla, los edificios del complejo estaban relativamente en las sombras. Sería bastante fácil llegar a las puertas del laboratorio. La entrada principal estaba fuera de vista en dirección norte, donde la valla se curvaba hacia la izquierda alrededor de otro edificio más grande. La entrada trasera, por donde se llevaba el equipo pesado directamente a los laboratorios, estaba fuera de vista en dirección sur. Si pudieran llamar la atención a las entradas, como si alguien estuviera intentando traspasar ambos puntos de entrada, eso podría ser suficiente para sacar a los guardias de su posición. Y dejar su vía de acceso desprotegida.

—¿Y los sensores?

—No se usan —respondió Illari—. Hay demasiados animales salvajes, muchas falsas alarmas. —Esbozó una sonrisa torcida—. Algunas más.

Eso fue una ayuda. Jack sacó un par de dispositivos del tamaño de un puño. Su rifle de pulsos no era lo único que había robado del Punto de vigilancia: Grand Mesa hace años. Le entregó uno a Illari, quien lo examinó con cuidado.

—¿Granada?

Jack negó con la cabeza.

—Dispositivo sonoro. Overwatch los usaba para atraer fuego. —Mostró los

SU CABELLO SE TIÑÓ DE ORO POR UN INSTANTE, RESPLANDECIENTE COMO EL SOL. UNA CHISPA SURGIÓ DE SUS DEDOS Y LAS LUCES DEL PERÍMETRO SE APAGARON.

controles—. Genera un sonido de disparos. Convencerá a los guardias de que hay gente bajando por las laderas por encima de las dos entradas. Los distraerá el tiempo suficiente para que entremos.

Illari estudió el dispositivo pensativamente y luego asintió con la cabeza.

—Entendido. —Tomó el dispositivo y se fundió en las sombras.

Jack se volvió por donde habían venido, encontró un sendero de caza y lo siguió a lo largo de la cresta, manteniéndose agachado. Cuando se detuvo para examinar su recorrido, observó que los guardias se movían mecánicamente siguiendo sus líneas de patrulla. Con suerte, su maniobra de distracción los despertará de su autocomplacencia.

El terreno era más escarpado frente a la entrada principal, ya que el acceso sube en curva desde el este a través de una abertura entre las colinas. Jack seleccionó un lugar a mitad de camino por la colina donde colocar un cascabel, y luego se alejó. Encontró buena cobertura un poco más adelante y recogió algunas piedras. Lanzó una cuesta abajo delante de él, oyéndola resonar en el terreno, y notó uno de los guardias de la entrada levantar la cabeza. Lanzó dos más a la derecha de la primera, y otros dos guardias se detuvieron para hablar. Lanzó otra piedra, no tan lejos como las otras, y vio a uno de los hombres hacer señas a un oficial más adelante. Otro hombre desenfundó su linterna y dejó que su haz de luz recorriera la ladera.

El cascabel se activó, una súbita explosión de ruido se intensificó rápidamente, mezclada con breves destellos de luz. Los guardias de la entrada lanzaron un grito, salieron refuerzos de las instalaciones en dirección a la entrada y Jack retrocedió.

Un tronco de árbol caído le bloqueaba el paso, hizo palanca y lo dejó caer por la pendiente. Los guardias dieron un grito de respuesta y Jack volvió a subir la colina.

Illari estaba cerca, justo delante de él, agachada entre la vegetación con una buena vista del punto de ingreso que habían elegido. Señaló hacia los guardias del lado sur de la valla.

—Todavía hay algunos.

Jack asintió con la cabeza.

—Espera... —El cascabel de Illari se activó mientras hablaba, y los guardias del perímetro se voltearon en dirección el ruido. Oyó gritos desde la entrada posterior, y dos de los guardias a la vista se alejaron corriendo. El tercero dudó y luego fue tras ellos. “Ahora”.

Illari llegó a la valla, y Jack se lanzó al espacio detrás de ella, listo para proporcionar cobertura. Esperó mientras ella cortaba un cable, luego frunció el ceño mirando los extremos expuestos, concentrándose. Su cabello se tiñó de oro por un instante, resplandeciente como el sol. Una chispa surgió de sus dedos y las luces del perímetro se apagaron.

—Buen trabajo —dijo Jack, siguiéndola a través de la abertura.

Se detuvieron entre las sombras detrás del edificio del laboratorio, el panel de seguridad brillaba tenuemente junto a la entrada. Illari se cargó el rifle al hombro e introdujo un código. Jack oyó un débil clic y la puerta se abrió.

—Estamos dentro.

Los pasillos estaban vacíos y a oscuras: La información que tenía Illari era buena hasta el momento. Jack se aseguró de que la puerta se había cerrado detrás de ellos e Illari indicó el pasillo de la derecha.

—Por aquí.

Jack la siguió, comprobando que no hubiera guardias inesperados o técnicos trabajando hasta tarde. Hasta el momento no había nadie, los laboratorios no operaban durante la noche y las oficinas estaban cerradas y desiertas. Se arriesgó a preguntar.

—¿Sabes dónde está la unidad central?

Por un instante, Illari pareció no escuchar, luego la oyó inhalar un suspiro inseguro.

—Por aquí. Creo.

LAS MANOS DE ILLARI SE CERRARON CON FUERZA HASTA QUE SUS NUDILLOS PÁLIDOS QUEDARON PÁLIDOS Y SU MANDÍBULA SE TENSÓ. JACK RECONOCIÓ ESA MIRADA, ESE PESO DE RESPONSABILIDAD, EL CONOCIMIENTO DE QUE EL PODER DE LOS GUERREROS DE INTI ERA DEMASIADO GRANDE PARA DÁRSELO A ALGUIEN MÁS. SOLO ELLA DEBÍA PROTEGERLO Y, PARA PROTEGERLO, TENÍA QUE DESTRUIRLO.

“Deberías estar segura”. Jack reprimió lo que quería decir, sabiendo que solo empeoraría las cosas.

—¿Hacia el centro?

—Es lo más probable, sí. —Habían llegado a un pasillo transversal. Illari se detuvo, examinando el cruce.

“Cuidado”, pensó Jack, y luego la vio entrecerrar los ojos. Sacudió la cabeza y giró a la izquierda. Jack la siguió.

En este pasillo había más laboratorios, de mayor tamaño, con ventanas estrechas que dejaban entrever máquinas enormes, plantas grandes y extrañas, reptiles de una especie que no supo reconocer. Oasis se había instalado perfectamente aquí. Illari se detuvo frente a una puerta más gruesa, sin ventanas, y estudió el panel de seguridad.

—¿Es aquí? —preguntó Jack, y ella asintió con la cabeza.

—Tengo un código. —afirmó mientras sus dedos saltaban rápidamente de una tecla a otra para introducir el código, pero apareció una luz roja—. ¡Maldición!

Miró enfadada hacia la puerta, llevando una mano a su rifle. Quería hacerla explotar, reconoció Jack. Eso sería un desastre, pues llamaría la atención que habían evitado hasta el momento, pero antes de que pudiera decir algo, ella se controló y volvió al panel. Esta vez, la puerta se abrió.

Jack se arrimó contra la pared de dentro de la puerta, examinando su entorno. Illari se desplazaba de una terminal a otra, pulsando las teclas para activarlas el tiempo suficiente como para comprobar sus funciones, y luego pasaba a la

siguiente. Finalmente hizo un ligero ruido y se detuvo.

—Está aquí.

Jack echó un último vistazo al pasillo y se acercó a ella, aunque no le gustó el tono agitado de su voz. Mientras él la observaba, ella siguió presionando teclas, mostrando una ventana tras otra. Se detuvo en una que mostraba lo que parecía ser una lista de archivos.

—Aquí está —dijo en voz baja—. Esto es todo.

—¿Estás segura? —Jack miró fijamente la pantalla. Habían varios listados y estaba claro que solo se trataba del primer nivel de la estructura de archivos: Oasis había conseguido recuperar más datos sobre los Guerreros de Inti de lo que esperaba.

—Sí. —La voz de Illari se entrecortó—. Sí, es esto. Es todo lo que queda. —Jack la miró con preocupación, pero ella ya estaba revisando su armadura en busca la unidad de datos que le había dado Sombra. La conectó, introdujo una serie de letras y retrocedió medio paso cuando la pantalla se llenó repentinamente de símbolos.

—¿Algún problema? —preguntó Jack, pero ella negó con la cabeza.

—Está cargando.

Sombra sabe lo que hace, admitió Jack. Realmente sabe lo que hace y... sí, ahí está. La pantalla volvió a mostrar el listado de archivos y, mientras miraba, los archivos comenzaron a desvanecerse, borrándose de la existencia y llevándose el conocimiento de los Guerreros de Inti con ellos.

Las manos de Illari se cerraron con fuerza hasta que sus nudillos pálidos quedaron pálidos y su mandíbula se tensó. Jack reconoció esa mirada, ese peso de responsabilidad, el conocimiento de que el poder de los Guerreros de Inti era demasiado grande para dárselo a alguien más. Solo ella debía protegerlo y, para protegerlo, tenía que destruirlo. Así se sentía a menudo en este camino solitario, llevando consigo el legado de Overwatch, incluso después de que cayera, y de que el mundo enterrara su recuerdo en una tumba vacía.

El último archivo desapareció y vio dos lágrimas recorrer las mejillas de Illari. Luego se estremeció y se acercó a la terminal, comprobando que los archivos estaban completamente eliminados.

Ahora sí que era la última Hija del sol.

No quería perturbarla, sabía lo que significaba ese momento para ella. Jack miró

HABÍA TOMADO SU DECISIÓN Y NO HABÍA VUELTA ATRÁS. QUIZÁS FINALMENTE HABÍA LLEGADO EL MOMENTO DE MIRAR ADELANTE. DE ESCOGER ALGO NUEVO.

hacia la puerta, calculando cuánto tiempo les quedaba antes de que los guardias del perímetro se dieran cuenta del engaño, y al volverse vio a Illari asentir con la cabeza.

—Está hecho.

—Entonces vámonos.

Volvieron sobre sus pasos a través del edificio y se detuvieron en la puerta mientras Jack inspeccionaba la zona de terreno descubierto. Las luces del perímetro seguían apagadas y no había rastro de movimiento a lo largo de la valla.

—¡Ve!

Illari se lanzó hacia la abertura y él se apoyó contra el muro lateral del edificio, listo para brindarle cobertura. La vio deslizarse a través de la valla y desaparecer entre la vegetación. Un instante después reapareció con el rifle en posición, y Jack corrió hacia ella. Tardó un poco más en atravesar la abertura, pero lo consiguió. Saltó hacia la pendiente y se ocultó entre la vegetación junto a ella. Un instante después, las luces de emergencia del perímetro se encendieron: lo habían conseguido justo a tiempo.

—Todo despejado —dijo Illari, con una voz llena de orgullo y tristeza.

Consiguieron volver al escondite de Illari sin problemas. Jack se dejó caer en una silla, acercando su mochila para revisar y reemplazar su equipamiento. Illari dirigió su atención a las pantallas y luego se giró hacia atrás, mostrando una unidad de datos.

—Aquí tienes —Jack parpadeó sorprendido e Illari prosiguió—. Lecturas de energía, grabaciones de infusión solar. No... no sé si está relacionado con lo que pasó con Overwatch. Pero si esto es de utilidad para tu misión, entonces puedo recompensarte por haberme ayudado.

Jack aceptó la unidad de datos. Sabía lo que significaba para ella confiarle algo

tan personal. La esperanza que representaba, no solo para él, sino también para ella.

—Una vez que analice los datos te lo diré con certeza. —Metió la unidad de datos en su mochila y la levantó una vez para asegurarse de que estaba bien colocada. Tenía que ponerse en marcha antes de que los guardias de seguridad de Oasis se decidieran a realizar una investigación más exhaustiva en la ciudad, necesitaba volver al aeropuerto a tiempo para tomar su vuelo y salir de aquí. Y aún así. Sentía una sensación de conexión con Illari, un sentimiento de responsabilidad por su seguridad, y eso era algo que no había sentido en mucho tiempo.

—Oasis te estará buscando.

—Ya me encargué de eso —dijo Illari sin levantar la mirada de la pantalla—. No podrán relacionarme con esta misión.

—No lo dudo —dijo Jack—. Pero una vez que se den cuenta de lo que nos hemos llevado, sabrán que alguien está intentando proteger los secretos de los Guerreros de Inti, y eso los llevará directamente a ti. Moira O'Deorain es inteligente y peligrosa, debes tener cuidado con ella.

Illari se apartó del terminal.

—Sombra es igualmente inteligente y peligrosa.

—Deberías tener cuidado con ella también —dijo Jack—, aunque sea útil. Pero O'Deorain es implacable... Tiene contactos con otras organizaciones, recursos que no puedes imaginarte. —Pensó que Illari protestaría, pero en lugar de eso sus labios se torcieron en una sonrisa y asintió con la cabeza. Al menos estaba prestando atención.

Respiró hondo y decidió arriesgarse a decir lo que estaba pensando.

—Sabes... no tienes que quedarte aquí, en Runasapi, guardando luto ante las tumbas de tus amigos y por la vida que podrías haber tenido. Podrías tomar otra decisión. Conozco a algunas personas que podrían ayudar...

—Escucha. Sé lo que estás tratando de hacer, pero puedo cuidarme a mí misma. Esta es mi responsabilidad.

Jack hizo una mueca de tristeza. Se parecía mucho a él y, sin embargo, podía oír la voz de Vincent en la de ella. Acusándolo por no haber tomado una decisión mejor.

Muy a su pesar, su voz resultaba cansada y triste.

—Hace mucho tiempo, alguien me dijo que todas las guerras acaban. Que *mi* guerra acabaría. Me dijo que debía asegurarme de tener algo esperándome cuando eso ocurriera. Nunca lo tuve, nunca me preparé para eso... Y es así que mi guerra continúa. Ahora estoy cerca del final de un largo camino y me gustaría haber tomado una decisión diferente.

El cabello de Illari relució de color dorado.

—Esto no ha acabado... ¡Mi misión de proteger el legado de los Hijos del Sol no ha terminado! No es tan simple. Esperaba que tú más que nadie lo entenderías.

Hizo una pausa y apartó la mirada, luego sacudió la cabeza lentamente, como si recuperara el control.

—Yo... no sé cuándo vaya a acabar esta misión, pero cuando suceda lo sabré. Este es mi camino y no soy una víctima de mis decisiones. Recorreré este camino con orgullo.

—Buena suerte, entonces. —dijo Jack. Ella asintió con la cabeza seriamente, sabiendo que lo decía en serio.

Se colocó la mochila sobre los hombros y comenzó la larga caminata para marcharse de Runasapi.

“A Vincent le hubiera caído bien”, pensó. Podrían discutir de vez en cuando, pero hubieran entendido las pasiones del otro. Y ninguno de los dos tendría arrepentimientos. Jack cargaba con muchos arrepentimientos, con muchas decisiones que hubiera deseado no haber tomado, muchas cosas que desearía no haber hecho. *Y tal vez ese sea el problema.*

Ese pensamiento fue tan inesperado que hizo que se detuviera en seco, a mitad de camino entre la sombra y la luz del sol, mientras el canto de pájaros que no conocía llenaba el aire de la mañana. Tal vez esa era la razón por la que se había sentido tan encallado desde la caída de Overwatch. Tal vez esa era la razón por la que había estado tan obsesionado con salvar al mundo tras la Crisis. Había tantas decisiones que no había tomado, cosas que había deseado y que no se había permitido tener.

Cerró los ojos, imaginando la vida que no había escogido. En esa vida, Vincent y él estaban casados y habían criado a sus hijos juntos. Él siempre pensó que se llevarían a los niños a Europa en verano, mientras Vincent se dedicaba a sus estudios y Jack conseguía trabajos de consultoría entre Roma y Viena, Birka y

Falkenberg; entre museos y naturaleza, mientras alguien más salvaba el mundo. Pero el momento para eso ya había pasado hace mucho tiempo. Había tomado su decisión y no había vuelta atrás. Quizás finalmente había llegado el momento de mirar adelante. De escoger algo nuevo.

Alcanzó la cima de la cresta que miraba hacia Runasapi, sus torres cuadradas se elevaban contra la luz del sol. La brisa se había refrescado, llevando el rico aroma del bosque detrás de él. Metió la mano en la chaqueta, hurgando hasta encontrar el bolsillo más profundo. Sus dedos rozaron el borde desgastado de la fotografía y la sacó, analizando la imagen tan familiar: Vincent y él, abrazados por los hombros, sonriendo para la cámara. Había sido tomada antes de la Crisis, cuando todo era aún posible. La foto ondeó entre sus dedos, alcanzada por el viento, y él la sujetó con más fuerza. La llevaba consigo desde hacía mucho tiempo, el último fragmento de lo que habían tenido, el recuerdo de aquello por lo que luchaba. Podría conservarla un poco más. No había nada malo en ello. Excepto que... ya ni siquiera era un recuerdo, solo el fantasma de lo que pudo haber sido. El viento sopló con más fuerza y él se la soltó. La sonrisa de Vincent fue lo último que vio mientras la foto se alejaba hacia el sol.

Jack le devolvió la sonrisa y se dio la vuelta.

Querido Vincent,

Hace tiempo que quería escribirte para contarte que sobreviví a lo de Zúrich. Una parte de mí piensa que esto no te sorprendería, después de todo ya conocías mi suerte.

Aún pienso en nuestra última conversación en Londres. No estoy seguro de que hubiera podido ser la persona que necesitabas. Ese hombre pensaba que tenía que salvar el mundo por ti. En realidad, lo que necesitaba era mirar hacia un futuro que ni siquiera podía empezar a imaginar. Necesitaba conocer su pasado para poder crecer más allá de él como persona. Desde entonces, he aprendido que todas las guerras acaban, y empiezo a pensar que me gustaría ver lo que viene después.

No me esperes en el umbral de tu puerta. Sé que encontraste el amor que

merecías, y me alegro por ti. Solo quería que supieras que no estoy muerto, que estoy agradecido por todo lo que compartimos y que —para variar— tenías razón.

Jack



ACERCA DE LA AUTORA

Melissa Scott nació y creció en Little Rock (Arkansas), estudió Historia en el Harvard College y se doctoró en la Universidad Brandeis. Ha publicado más de cuarenta novelas originales y licenciadas, además de un puñado de relatos cortos, la mayoría con temas y personajes queer, con los que ha ganado cuatro Lammys y cuatro Spectrum Awards.